# El molino de las cintas partidas

Shyvirelle

En la cocina de Mara había un cajón para las cosas que todavía podían servir. Dentro dormían botones sin pareja, llaves de cerraduras cambiadas y una cinta azul que había pertenecido a su madre. La cinta estaba partida por el centro. Mara conservaba los dos pedazos unidos con un nudo tan grande que ya no podía pasar por el ojal de ninguna prenda.

Su hermano Tomás decía que una cinta rota no merecía un cajón entero. Mara le respondía que él tenía una caja para los trozos de cuerda de sus cometas. Discutían por eso y por cosas menores desde que su madre había partido a trabajar a la otra orilla del valle. Regresaría al terminar la temporada, pero su ausencia hacía que cada objeto familiar pareciera más importante.

Una tarde Tomás entró empapado. El viento había rasgado la cola de su cometa y traía entre los dedos dos tiras que ya no coincidían. Mara le ofreció el nudo azul.

—Con eso no vuela —dijo él—. Se enreda.

Mara volvió a guardar la cinta. Le molestó que Tomás tuviera razón.

Al día siguiente fue al molino abandonado, donde los mayores decían que una rueda seguía dando vueltas incluso sin agua. No esperaba encontrar una solución. Quería una tabla lisa para cortar la cuerda de la cometa y dejar de pensar en la cinta. Pero al entrar oyó un rozamiento delicado, como el de dos hojas de papel deslizándose una sobre otra.

En el centro del molino giraba una rueda pequeña, no mayor que un plato. No tenía paletas ni eje visible. Su aro era de madera oscura y el centro parecía de vidrio lechoso. En el suelo había restos de cintas partidas: unas unidas por una línea de color, otras separadas tal como las habían dejado.

Mara recogió dos retazos rojos de una misma cuerda, que alguien había usado para sujetar un paquete. Puso uno a cada lado del aro. La rueda dio media vuelta y los dejó caer sin unirlos. Probó otra vez, con los extremos bien alineados. No sucedió nada.

Encontró después una tira verde que había sujetado el tallo de una planta y una tira amarilla que servía de señal en una puerta. Acercó los bordes. La rueda giró entera. Su centro pasó del blanco al amarillo y, cuando los retazos cayeron al suelo, formaban una sola cinta con una línea amarilla en la unión. Mara tiró con cuidado: no se soltaron. Frotó la costura: tampoco desapareció.

Se quedó un rato observando el centro, que seguía amarillo. No era una rueda que concediera cualquier deseo. Parecía exigir que cada pedazo hubiera tenido una vida distinta antes de permitirles compartir otra.

No lo comprendió del todo hasta que encontró una cinta negra de zapato y una azul de una bolsa. Las dos habían servido para atar, aunque cosas diferentes. La rueda las rechazó. En cambio, un retazo usado como marca en un libro y otro utilizado para señalar una ventana se unieron, y el vidrio del

centro cambió al color del segundo. El aro no distinguía lo valioso de lo barato ni preguntaba a quién pertenecían las tiras. Solo aceptaba usos distintos, no dos nombres para el mismo uso.

En casa sacó la cinta de su madre. Dejó el nudo sobre la mesa y lo deshizo con la punta de una aguja. Había olvidado que los dos pedazos no se veían exactamente iguales. Uno seguía azul, porque había pasado meses entre las páginas de un cuaderno donde su madre escribía recetas. El otro tenía una mancha cobriza en la punta; lo habían usado para marcar la altura del agua en el cubo de la huerta. El roce con el asa oxidada lo había teñido.

Eran dos mitades de una misma cinta. También habían servido para cosas distintas.

Tomás la encontró mirando los pedazos.

—¿Vas a hacer otro nudo?

—Tal vez no necesite hacerlo.

—¿Y eso es bueno?

Mara no supo responder. Si la rueda conseguía unirlos, la mancha seguiría allí. El trozo azul y el cobrizo se notarían más que antes. Había deseado recuperar la cinta como se veía el día en que su madre se marchó, no como era ahora.

Esa noche soñó que el molino fabricaba lazos perfectos y que su madre, al verlos, no reconocía ninguno. Por la mañana llevó al molino los dos pedazos, pero antes de acercarlos a la rueda dejó cada uno en el suelo y recordó para qué lo habían usado. Uno había guardado una receta que Tomás aprendió a preparar. El otro había marcado el agua necesaria para regar las habas. Ambos habían ayudado a la familia, aunque de maneras que no se parecían.

Colocó primero el extremo azul y después el teñido de cobre. El aro giró lentamente. El centro se volvió cobrizo, como el segundo pedazo, y una línea del mismo color cruzó la unión. La cinta cayó a sus manos entera. No tenía nudo, pero conservaba la señal que la hacía distinta de la original.

Mara esperó que el centro volviera al blanco. No lo hizo. La rueda parecía guardar el recuerdo del último color hasta que llegaran otras dos mitades con trabajos diferentes. No le pidió nada, no tomó un hilo a cambio, no prometió conservar la cinta para siempre. Había unido dos bordes y dejado visible el lugar del encuentro.

Al salir vio que, junto a la puerta del molino, un arbusto se había enredado en una vieja cuerda de tender. Cortó el hilo que apretaba una rama, lo enrolló y lo dejó a un lado. No intentó pasar aquellas dos puntas por la rueda: ambas habían servido para lo mismo, y ya sabía lo que ocurriría.

En casa extendió la cinta sobre la mesa. Tomás la miró sin burlarse. La costura cobriza brillaba cuando le daba la luz.

—Parece una línea de un mapa —dijo.

—Parece el lugar donde estuvo rota.

—¿Y si vuelve a romperse?

—Podemos coserla. No todo necesita una rueda.

Mara se sorprendió al decirlo. Había ido al molino para deshacer una pérdida y había vuelto con un objeto que no escondía lo ocurrido. Le gustó que la cinta pudiera contar su propia historia sin que nadie tuviera que inventarla.

Revisó el extremo más gastado. Una tira azul colgaba de la orilla y podía engancharse si volvía a pasar la cinta por el ojal de un delantal. Lo cortó con unas tijeras. Era demasiado corto para atar nada, pero bastaba para reforzar la costura.

Tomás había dejado sobre una silla el estuche de su cometa, abierto por la costura de una esquina. Mara tomó aguja e hilo y cosió allí el extremo azul. No pegó un adorno para que pareciera nuevo: reforzó la esquina con el pedacito que le sobraba y dejó una pequeña pestaña para que Tomás pudiera abrirlo sin tirar de la tela vieja.

Cuando le entregó el estuche, Tomás pasó un dedo por las puntadas.

—¿Esto también lo arregló el molino?

—No. Esto lo hice yo.

Él tomó el estuche y salió al patio a revisar su cometa. Mara guardó la cinta reunida en el cajón, sin doblarla sobre la costura. Desde la ventana vio la cola de la cometa ondear con dos tiras de distintos colores: Tomás había usado las que ya tenía, sin pedirle la cinta de su madre.

Al terminar la temporada, cuando su madre regresara, Mara podría mostrarle el azul, el cobre y la línea que unía ambos. Quizá su madre recordaría la marca del cubo; quizá diría que la cinta estaba más bonita antes. Mara no necesitaba decidir ahora qué respuesta sería la correcta.

Abrió el cajón una última vez. La cinta estaba entera y seguía teniendo dos colores. Junto a ella quedaba el espacio vacío donde antes guardaba el nudo.